

JÚPITER. — “¿Qué puedo hacer?” (*Cambiando de tono.*) Ordena de inmediato la captura de un joven extranjero que se hace llamar Filebo. Que lo arrojen con Electra a alguna mazmorra y te permito que los olvides. Bueno, ¿qué esperas? Llama a los guardias.

EGISTO. — No.

JÚPITER. — ¿Me harías el favor de decirme las razones de tu negativa?

EGISTO. — Estoy cansado.

JÚPITER. — ¿Por qué te miras los pies? Vuelve hacia mí tus grandes ojos estriados de sangre. ¡Bueno, bueno! Eres noble y estúpido como un caballo. Pero tu resistencia no es de las que me irritan: es la pimienta que hará en seguida aún más deliciosa tu sumisión. Pues sé que acabarás por ceder.

EGISTO. — Os digo que no quiero entrar en vuestros planes. Ya hice demasiado.

JÚPITER. — ¡Coraje! ¡Resiste! ¡Resiste! ¡Ah! ¡Qué aficionado soy a las almas como la tuya! Tus ojos echan chispas, aprietas los puños y arrojas tu negativa a la cara de Júpiter. Pero sin embargo, cabecita, caballito, caballito malo, hace mucho que tu corazón me ha dicho que sí. Vamos. obedecerás. ¿Crees que dejo el Olimpo sin motivo? He querido avisarte ese crimen, porque me agrada impedirlo.

EGISTO. — ¡Avisarme!... Es muy extraño.

JÚPITER. — Al contrario, nada más natural: quiero apartar ese peligro de tu cabeza.

EGISTO. — ¿Quién os lo pidió? ¿Y a Agamenón le habéis avisado? Sin embargo, él quería vivir.

JÚPITER. — Ah índole ingrata, ah carácter desdichado: me eres más querido que Agamenón, te lo pruebo y te quejas.

EGISTO. — ¿Más querido que Agamenón? ¿Yo? A Orestes es a quien queréis. Habéis tolerado que me pierda, me habéis dejado correr derecho al baño del rey con el hacha en la mano — y sin duda os relamáis allá arriba, pensando que el alma del pecador es deliciosa. Pero hoy protegéis a Orestes de sí mismo y a mí, a quien impulsasteis a matar al padre, me habéis escogido para retener el brazo del hijo. Tenía exactamente pasta de asesino. Yo era exactamente

adecuado para ser asesino. Pero para él, perdón, hay otros proyectos para él, sin duda.

JÚPITER. — Qué celos extraños. Tranquilízate: no lo quiero más que a ti. No quiero a nadie.

EGISTO. — Entonces, ved lo que habéis hecho de mí, dios injusto, y responded: si impedís hoy el crimen que medita Orestes, ¿por qué habéis permitido el mío?

JÚPITER. — No todos los crímenes me desagradan por igual. Egisto, estamos entre reyes y te hablaré francamente: el primer crimen lo cometí yo creando mortales a los hombres. Después de esto, ¿qué podíais hacer vosotros los asesinos? ¿Dar la muerte a vuestras víctimas? Vamos; ya la llevaban en sí; a lo sumo apresurabais su florecimiento. ¿Sabes qué habría sido de Agamenón si no lo hubierais matado? Hubiera muerto de apoplejía tres meses más tarde sobre el seno de una hermosa esclava. Pero tu crimen me servía.

EGISTO. — ¿Os servía? ¡Lo expió desde hace quince años y os servía! ¡Maldición!

JÚPITER. — Bueno, ¿y qué? Me sirve porque lo expías; me gustan los crímenes que se pagan. Me gustó el tuyo porque era un asesinato ciego y sordo, ignorante de sí mismo, antiguo, más semejante a un cataclismo que a una empresa humana. Ni un instante me desafiaste; heriste arrebatado de rabia y miedo, y una vez desaparecida la fiebre, consideraste tu acto con horror y no quisiste reconocerlo. ¡Sin embargo, qué provecho saqué de él! Por un hombre muerto, veinte mil sumidos en el arrepentimiento; ése es el balance. No hice un mal negocio.

EGISTO. — Ya veo lo que esconden todos esos discursos: Orestes no tendrá remordimientos.

JÚPITER. — Ni la sombra de uno. A esta hora prepara sus planes con método, fría la cabeza, modestamente. ¿De qué me sirve un asesinato sin remordimientos, un asesinato insolente, un asesinato apacible, ligero como un vapor en el alma del asesino? ¡Lo impedirá! ¡Ah! Odio los crímenes de la nueva generación: son ingratos y estériles como la cizaña. El dulce joven te matará como a una gallina, y se irá con las manos rojas y la conciencia pura; en tu lugar, yo me

sentiría humillado. ¡Vamos! Llama a los guardias.

EGISTO. — Os he dicho que no. El crimen que se prepara os desagradaría demasiado para no gustarme.

JÚPITER (*cambiando de tono*). — Egisto, eres rey y a tu conciencia de rey me dirijo, porque te gusta reinar.

EGISTO. — ¿Y qué?

JÚPITER. — Me odiás, pero somos parientes, te hice a mi imagen: un rey es un Dios sobre la tierra, noble y siniestro como un Dios.

EGISTO. — ¿Siniestro? ¿Vos?

JÚPITER. — Mírame. (*Largo silencio.*) Te he dicho que fuiste creado a mi imagen. Los dos hacemos reinar el orden, tú en Argos, yo en el mundo; y el mismo secreto pesa gravemente en nuestros corazones.

EGISTO. — No tengo secreto.

JÚPITER. — Sí. El mismo que yo. El secreto doloroso de los dioses y de los reyes: que los hombres son libres. Son libres, Egisto. Tú lo sabes, y ellos no.

EGISTO. — Diablos, si lo supieran pegarían fuego a las cuatro esquinas de mi palacio. Hace quince años que represento una comedia para ocultarles su poder.

JÚPITER. — Ya ves que somos semejantes.

EGISTO. — ¿Semejantes? ¿Por qué ironía ha de decir un Dios que es mi semejante? Desde que reino, todos mis actos y palabras tienden a componer mi imagen; quiero que cada uno de mis súbditos la lleve en sí y sienta pesar, aun en la soledad, mi mirada severa en sus pensamientos más secretos. Pero soy yo mi primera víctima: yo no me veo como me ven, me inclino sobre el pozo abierto de sus almas, y mi imagen está allí, en el fondo; me repugna y me fascina. Dios todopoderoso, ¿quién soy yo sino el miedo que los demás tienen de mí?

JÚPITER. — ¿Y quién crees que soy? (*Señalando la estatua.*) También yo tengo mi imagen. ¿Crees que no me da vértigo? Hace cien mil años que danzo delante de los hombres. Una danza lenta y sombría. Es preciso que me miren: mientras tienen los ojos clavados en mí, olvidan mirar en sí mismos. Si me olvidara un solo instante, si los dejara apartar la mirada...

EGISTO. — ¿Qué?

JÚPITER. — Nada. Es cosa mía. Estás cansado. Egisto, ¿pero de qué te quejas? Morirás. Yo no. Mientras haya hombres en esta tierra, estaré condenado a danzar delante de ellos.

EGISTO. — ¡Ay! ¿Pero quién nos ha condenado?

JÚPITER. — Nadie más que nosotros mismos, pues tenemos la misma pasión. Tú amas el orden, Egisto.

EGISTO. — El orden. Es cierto. Por el orden seduje a Clitemnestra, por el orden maté a mi rey; quería que el orden reinara y que reinara por mi intermedio. He vivido sin deseo, sin amor, sin esperanza; implanté el orden. ¡Oh terrible y divina pasión!

JÚPITER. — No podríamos tener otra: yo soy Dios, y tú naciste para ser rey.

EGISTO. — ¡Ay de mí!

JÚPITER. — Egisto, criatura mía y hermano mortal, en nombre de este orden al que servimos los dos, te lo mando: apodérate de Orestes y de su hermana.

EGISTO. — ¿Son tan peligrosos?

JÚPITER. — Orestes sabe que es libre.

EGISTO (*vivamente*). — Sabe que es libre. Entonces no basta cargarlo de cadenas. Un hombre libre en una ciudad es como una oveja sarnosa en un rebaño. Contaminará todo mi reino y arruinará mi obra. Dios todopoderoso, ¿qué esperas para fulminarlo?

JÚPITER (*lentamente*). — ¿Para fulminarlo? (*Una pausa. Con cansancio, agobiado.*) Egisto, los dioses tienen otro secreto...

EGISTO. — ¿Qué vas a decirme?

JÚPITER. — Una vez que ha estallado la libertad en el alma de un hombre, los dioses no pueden nada más contra ese hombre. Pues es un asunto de hombres, y a los otros hombres —sólo a ellos— les corresponde dejarlo correr o estrangularlo.

EGISTO (*mirándolo*). — ¿Estrangularlo?... Está bien. Te obedeceré, sin duda. Pero no agregues nada y no te quedes aquí más tiempo, porque no podré soportarlo.

(JÚPITER sale.)

Escena VI

EGISTO *permanece solo un momento, luego ELECTRA y ORESTES.*

ELECTRA (*saltando hacia la puerta*). — ¡Pégale! No le dejes tiempo de gritar: yo defiendo la puerta.

EGISTO. — Eres tú, Orestes.

ORESTES. — ¡Defiéndete!

EGISTO. — No me defenderé. Es demasiado tarde para llamar y me alegra que sea demasiado tarde. Pero no me defenderé: quiero que me asesines.

ORESTES. — Está bien. El medio poco me importa. Seré asesino. (*Lo hiere con la espada.*)

EGISTO (*vacilando*). — No has errado el golpe. (*Se aferra a ORESTES.*) Déjame mirarte. ¿Es cierto que no tienes remordimiento?

ORESTES. — ¿Remordimiento? ¿Por qué? Hago lo que es justo. EGISTO. — Justo es lo que quiere Júpiter. Estabas escondido aquí y lo has oído.

ORESTES. — ¿Qué me importa Júpiter? La justicia es un asunto de hombres y no necesito que un dios me lo enseñe. Es justo aplastarte, pillo inmundo, y arruinar tu imperio sobre las gentes de Argos; es justo restituirles el sentimiento de su dignidad.

(*Lo rechaza.*)

EGISTO. — Me duele.

ELECTRA. — Vacila, su rostro está descolorido. ¡Horror! Qué feo es un hombre moribundo.

ORESTES. — Calla. Que no lleve otro recuerdo a la tumba que el de nuestra alegría.

EGISTO. — Maldito seais los dos.

ORESTES. — ¿Pero no terminarás de morir?

(*Lo hiere. EGISTO cae.*)

EGISTO. — Ten cuidado con las moscas, Orestes, ten cuidado con las moscas. No ha terminado todo.

(*Muere.*)

ORESTES (*empujándolo con el pie*). — Para él, en todo caso, todo ha terminado. Guíame hasta la cámara de la reina.

ELECTRA. — Orestes...

ORESTES. — ¿Qué?...

ELECTRA. — Ella ya no puede perjudicarnos...

ORESTES. — ¿Y qué?... No te reconozco. No hablabas así hace un momento.

ELECTRA. — Orestes..., yo tampoco te reconozco.

ORESTES. — Está bien, iré solo.

(*Sale.*)

Escena VII

ELECTRA, *sola.*

ELECTRA. — ¿Gritará? (*Una pausa. Presta atención.*) Camina por el corredor. Cuando haya abierto la cuarta puerta... ¡Ah! ¡Yo lo quise! Lo quiero, es preciso que siga queriéndolo. (*Mira a EGISTO.*) Ha muerto. Esto es, entonces, lo que yo quería. No me daba cuenta. (*Se le acerca.*) Cien veces lo he visto en sueños, extendido en este mismo lugar, con una espada en el corazón. Tenía los ojos cerrados, parecía dormir. ¡Cómo lo odiaba, cómo me alegraba odiarlo! No parecé dormido, y sus ojos están abiertos; me mira. Está muerto, y mi odio ha muerto con él. Y estoy aquí; y espero, y la otra sigue viva aún, en el fondo de su aposento, y dentro de un instante gritará. Gritará como un animal. ¡Ah! Ya no puedo soportar esta mirada. (*Se arrodilla y echa una capa sobre el rostro de EGISTO.*) ¿Pero qué es lo que yo quería? (*Silencio. Luego gritos de CLITEMNESTRA.*) La ha herido. Era nuestra madre, y la ha herido. (*Se levanta.*) Mis enemigos han muerto. Durante años enteros he gozado anticipadamente de esta muerte y ahora tengo el corazón apretado. ¿Acaso me he mentido durante quince años? ¡No es cierto! ¡No es cierto! No puede ser cierto: ¡no soy cobarde! Quise este minuto y lo quiero aún. Quise ver este puerco inmundo acostado a mis pies. (*Arranca la capa.*) Qué me importa tu mirada de pescado muerto. Quise esta mirada y gozo de ella. (*Gritos más débiles de CLITEMNESTRA.*) ¡Que grite! ¡Que grite! Quiero sus gritos de horror y quiero sus padecimientos. (*Los gritos cesan.*) ¡Alegría! ¡Alegría! Lloro de alegría; mis enemigos han muerto y mi padre está vengado.

(ORESTES vuelve con una espada sangrienta en la mano.  
ELECTRA corre hacia él.)

Escena VIII

ELECTRA - ORESTES

ELECTRA. — ¡Orestes!

(Se arroja en sus brazos.)

ORESTES. — ¿De qué tienes miedo?

ELECTRA. — No tengo miedo, estoy ebria. Ebria de alegría.

¿Qué dijo? ¿Imploró largo rato tu gracia?

ORESTES. — Electra, no me arrepentiré de lo que hice, pero no me parece bien hablar de ello: hay recuerdos que no se comparten. Sabe solamente que ha muerto.

ELECTRA. — ¿Maldiciéndonos? Dime tan sólo esto: ¿maldiciéndonos?

ORESTES. — Sí. Maldiciéndonos.

ELECTRA. — Tómame en tus brazos, bienamado, estréchame con todas tus fuerzas. ¡Qué espesa es la noche y con qué dificultad la traspasan esas antorchas! ¿Me quieres?

ORESTES. — No es de noche: es el amanecer. Somos libres, Electra. Me parece que te he hecho nacer y que acabo de nacer contigo; te quiero y me perteneces. Todavía ayer estaba solo y hoy me perteneces. La sangre nos une doblemente, pues somos de la misma sangre y hemos derramado sangre.

ELECTRA. — Arroja la espada. Dame esa mano. (Le toma la mano y se la besa.) Tus dedos son cortos y cuadrados. Están hechos para tomar y conservar. ¡Querida mano! Es más blanca que la mía. ¡Qué pesada se ha vuelto para herir a los asesinos de nuestro padre! Espera. (Va a buscar una antorcha y la acerca a ORESTES.) Tengo que iluminar tu rostro, pues la noche es espesa y ya no te veo bien. Necesito verte: cuando no te veo, tengo miedo de ti; no debo quitarte los ojos de encima. Te amo. Tengo que pensar que te amo. ¡Qué aire extraño el tuyo!

ORESTES. — Soy libre, Electra; la libertad ha caído sobre mí como el rayo.

ELECTRA. — ¿Libre? Yo no me siento libre. ¿Puedes hacer que todo esto no haya sido? Ha sucedido algo que ya no somos

libres de deshacer. ¿Puedes impedir que seamos para siempre los asesinos de nuestra madre?

ORESTES. — ¿Crees que querría impedirlo? He realizado mi acto, Electra, y este acto era bueno. Lo llevaré sobre mis hombros como el vadeador lleva a los viajeros, lo pasaré a la otra orilla y rendiré cuenta de él. Y cuanto más pesado sea de llevar, más me regocijaré, pues él es mi libertad. Todavía ayer andaba al azar sobre la tierra, y millares de caminos huían bajo mis pasos, pues pertenecían a otros. Los tomé todos prestados: el de los haladores, que corre a lo largo del río, y la senda del arriero y la ruta empedrada de los carreteros; pero ninguno era mío. Hoy no hay más que uno, y Dios sabe a dónde lleva: pero es mi camino. ¿Qué tienes?

ELECTRA. — Ya no puedo verte. Estas lámparas no iluminan. Oigo tu voz, pero me hace daño, me corta como un cuchillo. ¿Estará siempre así negro, en adelante, aun de día? ¡Orestes! ¡Ahí están!

ORESTES. — ¿Quiénes?

ELECTRA. — ¡Ahí están! ¿De dónde vienen? Cuelgan del techo como racimos de uvas negras, y son ellas las que oscurecen las paredes; se deslizan entre las luces y mis ojos, y sor sus sombras las que me hurtan tu rostro.

ORESTES. — Las moscas...

ELECTRA. — ¡Escucha!... Escucha el ruido de sus alas, semejante al ronquido de una forja. Nos rodean, Orestes. Nos espían: dentro de un instante caerán sobre nosotros, y sentiré mil patas pegajosas sobre mi cuerpo. ¿Dónde huir, Orestes? Se hinchan, se hinchan, ya son grandes como abejas, nos seguirán por todas partes en espesos remolinos. ¡Horror! Veo sus ojos, sus millones de ojos que nos miran.

ORESTES. — ¿Qué nos importan las moscas?

VOCES (detrás de la puerta). — ¡Abrid! ¡Abrid! Si no abren será preciso derribar la puerta.

(Golpes sordos en la puerta.)

ORESTES. — Los gritos de Clitemnestra han atraído a los guardias. ¡Ven! Conduceme al santuario de Apolo; allí pasaremos la noche, al abrigo de los hombres y de las moscas. Mañana hablaré a mi pueblo.

TELÓN

## Acto tercero

### Escena I

*El templo de Apolo. Penumbra. Una estatua de Apolo en medio de la escena. ORESTES y ELECTRA duermen al pie de la estatua, rodeando sus piernas con los brazos. Las ERINIAS, en círculo, los rodean; duermen de pie, como zancudas. Al fondo, una pesada puerta de bronce.*

PRIMERA ERINIA (*estirándose*). — ¡Ahhh! He dormido de pie, erguida de cólera, y tuve enormes sueños irritados. ¡Oh hermosa flor de rabia, hermosa flor roja en mi corazón! (*Gira alrededor de ORESTES y de ELECTRA.*) Duermen. ¡Qué blancos son, qué dulces! Rodaré sobre sus vientres y sus pechos como un torrente sobre los guijarros. Puliré pacientemente esta carne fina, la frotaré, la rasparé, la gastaré hasta el hueso. (*Da algunos pasos.*) ¡Oh pura mañana de odio! ¡Qué espléndido despertar! Duermen, están húmedos, huelen a fiebre; yo velo, fresca y dura; mi alma es de cobre, y me siento sagrada.

ELECTRA (*dormida*). — ¡Ay!

PRIMERA ERINIA. — Gime. Paciencia; pronto conocerás nuestros mordiscos, te haremos aullar con nuestras caricias. Entraré en ti como el macho en la hembra, porque eres mi esposa, y sentirás el peso de mi amor. Eres bella, Electra, más bella que yo; pero ya verás, mis besos hacen envejecer; antes de seis meses te habré quebrantado como una vieja, y yo seguiré siendo joven. (*Se inclina sobre ellos.*) Son hermosas presas percederas y buenas para comer; las miro, respiro

## Las moscas

su aliento y la cólera me ahoga. ¡Oh delicias de sentirse una mañanita de odio, delicias de sentirse garras y mandíbulas, con fuego en las venas! El odio me inunda y me sofoca, sube a mis senos como leche. Despertad, hermanas mías, despertad; ya es la mañana.

SEGUNDA ERINIA. — Soñaba que mordía.

PRIMERA ERINIA. — Ten paciencia: Un Dios los protege hoy, pero pronto la sed y el hambre los harán salir de este asilo. Entonces los morderás con todos los dientes.

TERCERA ERINIA. — Espera un poco: pronto tus uñas de hierro trazarán mil senderos rojos en la cara de los culpables. Acercaos, hermanas mías, venid a verlos.

UNA ERINIA. — ¡Qué jóvenes son!

OTRA ERINIA. — Regocijaos: harto a menudo los criminales son viejos y feos; es demasiado rara la alegría exquisita de destruir lo bello.

LAS ERINIAS. — ¡Eia! ¡Eia!

TERCERA ERINIA. — Orestes es casi un niño. Mi odio tendrá para él dulzuras maternas. Tomaré sobre mis rodillas su cabeza pálida, le acariciaré los cabellos.

PRIMERA ERINIA. — ¿Y después?

TERCERA ERINIA. — Y después hundiré de golpe estos dos dedos en sus ojos.

(*Todas se echan a reír.*)

PRIMERA ERINIA. — Suspiran, se agitan; se acerca el despertar. Vamos, hermanas mías, hermanas moscas, saquemos del sueño a los culpables con nuestro canto.

CORO DE LAS ERINIAS. — Bzz, bzz, bzz, bzz.

Nos posaremos sobre tu corazón podrido como las moscas en un dulce,

corazón podrido, corazón ensangrentado, corazón deleitable.

Saquearemos como abejas el pus y la sanies de tu corazón.

Haremos con ellos miel, ya verás, hermosa miel verde.

¿Qué amor nos colmaría tanto como el odio?

Bzz, bzz, bzz, bzz.

Seremos los ojos fijos de las casas,

el gruñido del mastín que mostrará los dientes a tu paso,

el zumbido que volará por el cielo sobre tu cabeza,

los rumores de la selva,

los silbos, los crujidos, los bisbiseos, el ulular,

seremos la noche,  
la espesa noche de tu alma.

Bzz, bzz, bzz, bzz.

¡Eial! ¡Eial! ¡Eiaaal!

Bzz, bzz, bzz, bzz.

Somos los sorbedores de pus, las moscas.

Lo compartiremos todo contigo,  
iremos a buscar el alimento a tu boca y el rayo de luz al  
fondo de tus ojos,  
te escoltaremos hasta la tumba,  
y sólo cederemos el lugar a los gusanos.

Bzz, bzz, bzz, bzz.

(Danzan.)

ELECTRA (que se despierta). — ¿Quién habla? ¿Quiénes sois?

LAS ERINIAS. — Bzz, bzz, bzz.

ELECTRA. — ¡Ah, estáis aquí! ¿Y qué? ¿Los hemos matado de  
verdad?

ORESTES (despertando). — ¡Electra!

ELECTRA. — ¿Quién eres tú? ¡Ah! Eres Orestes. Vete.

ORESTES. — ¿Pero qué tienes?

ELECTRA. — Me das miedo. Soñé que nuestra madre había  
caído boca arriba y que sangraba, y su sangre corría en  
regueros por debajo de todas las puertas del palacio. Toca  
mis manos, están frías. No, déjame. No me toques. ¿Sangró  
mucho?

ORESTES. — Calla.

ELECTRA (completamente despierta). — Deja que te mire: los  
has matado. Eres tú quien los ha matado. Estás aquí, acabas  
de despertar, no hay nada escrito en tu rostro y sin em-  
bargo los has matado.

ORESTES. — ¿Y qué? ¡Sí, los he matado! (Una pausa.) Tú tam-  
bién me das miedo. Eras tan hermosa, ayer. Se diría que  
una bestia te ha destrozado la cara con sus uñas.

ELECTRA. — ¿Una bestia? Tu crimen. Me arranca las mejillas  
y los párpados: me parece que tengo los ojos y los dientes  
desnudos. ¿Y éstas? ¿Quiénes son?

ORESTES. — No pienses en ellas. No pueden nada contra ti.

PRIMERA ERINIA. — Que venga en medio de nosotras, si se  
atreve, y ya verás si no podemos nada contra ella.

ORESTES. — Silencio, perras. ¡A la perrera! (Las ERINIAS gru-

ñen.) ¿Es posible que fueras tú la que ayer, vestida de blan-  
co, danzaba en las gradas del templo?

ELECTRA. — Envejecí. En una noche.

ORESTES. — Todavía eres hermosa, pero... ¿dónde he visto  
esos ojos muertos? Electra..., te pareces a ella; te pareces  
a Clitemnestra. ¿Valía la pena matarla? Me horroriza mi  
crimen cuando lo veo en esos ojos.

PRIMERA ERINIA. — Es porque a ella le horrorizas.

ORESTES. — ¿Es cierto? ¿Es cierto que te horrorizo?

ELECTRA. — Déjame.

PRIMERA ERINIA. — Bueno. ¿Te cabe la menor duda? ¿Cómo  
no había de odiarte? Vivía tranquila con sus sueños; llegaste  
tú con la carnicería y el sacrilegio. Y ahora comparte tu falta,  
clavada en ese pedestal, el único pedazo de tierra que le  
queda.

ORESTES. — No la escuches.

PRIMERA ERINIA. — ¡Atrás! ¡Atrás! Echalo, Electra, no te dejes  
tocar por su mano. ¡Es un carnicero! Tiene encima el olor  
insulso de la sangre fresca. Mató a la vieja sucitamente,  
¿sabes?, golpeando varias veces.

ELECTRA. — ¿No mientes?

PRIMERA ERINIA. — Puedes creerme, yo estaba allí, zumbando  
alrededor de los dos.

ELECTRA. — ¿Y dio varios golpes?

PRIMERA ERINIA. — Unos diez. Y cada vez la espada hacía  
"cric" en la herida. Ella se protegía el rostro y el vientre  
con las manos, y le acuchilló las manos.

ELECTRA. — ¿Padeció mucho? ¿No murió en seguida?

ORESTES. — No la mires más, tápate las orejas, sobre todo no  
las interrogues; estás perdida si las interrogas.

PRIMERA ERINIA. — Padeció horriblemente.

ELECTRA (tapándose la cara con las manos). — ¡Ah!

ORESTES. — Quiere separarnos; levanta a tu alrededor los mu-  
ros de la soledad. Ten cuidado: cuando estés bien sola, soña  
y sin recurso, te caerán encima. Electra, hemos decidido jun-  
tos este crimen, y debemos soportar juntos las consecuencias.

ELECTRA. — ¿Insinúas que lo quise?

ORESTES. — ¿No es cierto?

ELECTRA. — No, no es cierto... Espera... ¡Sí! ¡Ah! Ya no